

Fair play, juego limpio

Por Kriss Angel

Desde que era muy pequeño siempre quise jugar fútbol.

Me propuse ser el mejor jugador de fútbol de la historia. Entrené duro y me volví bastante bueno, cuando cursaba la secundaria me integré al equipo de la escuela, el maestro de educación física me volvió capitán y yo disfrutaba cada momento.

Un día me lesioné en una jugada mientras peleaba la pelota con un contrincante y el entrenador decidió sustituirme. Mi remplazo era un niño bastante curioso, un poco gordito y con una leve joroba en su espalda. Inmediatamente pensé en Cuauhtémoc Blanco.

Me dio un poco de risa ver a ese niño intentar dominar la pelota, tenía el aspecto pero no el talento del buen Cuauh, mientras mis compañeros intentaban darle un pase, el niño corría pero nunca podía llegar a tiempo. Luego escuché un grito en las gradas: ¡ponte las pilas, pinche Quasimodo! Inmediatamente empecé a llorar de la risa, que apodo más divertido, Quasimodo como el de la película que mi mamá ponía en la televisión.

Mis compañeros de equipo y el entrenador también rieron, el juego terminó en empate y todos regresamos a casa, pensando en ese extraño niño y su nuevo apodo.

La semana siguiente ya me encontraba mejor, estaba listo para jugar. Mi nombre aparecía en el once inicial, en la banca se encontraba el niño al que le decían Quasimodo, ví que sus calcetas eran de la Juventus, probablemente su equipo favorito y el mío también, le sonreí a modo de compañerismo pero desvió su mirada hacia el suelo.

El juego avanzó de forma correcta, metí un par de goles y faltando unos minutos para el final fui sustituido nuevamente, escuché al entrenador decir: ¡orale Quasi, te toca entrar! Esta ocasión el apodo ya no me dio tanta risa, sentí un poco de lástima y empatía por ese niño que ahora entraba a la cancha, volví a mirar sus calcetas y reflexioné durante un momento. En las gradas se escuchaba otro grito, el de una señora apoyando a su hijo: ¡vamos, Ramiro! El niño se llamaba Ramiro.

En el siguiente juego Ramiro estaba en el once inicial, por primera vez jugaríamos juntos. Antes de escuchar el silbatazo hice una pequeña junta con mis compañeros, dije con voz firme: Ramiro me acompañará en la delantera, denle la pelota cuando tengan chance.

Silbatazo inicial. La pelota rodaba en el campo, mientras nos dispersábamos noté a Ramiro un poco nervioso, yo le dije que se imaginara que estábamos jugando con la Juventus y que él era CR7, su cara de tristeza fue sustituida por una de ilusión; cuando era tiempo de darle un pase yo gritaba con todas mis fuerzas: ¡ahí te va, Ramiro!

Poco a poco mis compañeros dejaron de gritar su apodo y empezaron a llamar a Ramiro por su nombre. ¡Toma, Ramiro! ¡Aguas con la defensa, Ramiro! ¡Buen cabezazo, Ramiro!

El juego continuó de forma normal, íbamos ganando como de costumbre y Ramiro metió un gol. Lo celebramos entre todos y cuando me acerqué para felicitarlo le dije al oído: Buen gol, CR7.

Esa es mi historia. Actualmente estoy cursando el bachillerato y sigo jugando fútbol. Le perdí la pista a Ramiro después de la graduación, jugamos un par de ocasiones juntos y luego no volví a verlo, creo que estudia en otra parte del estado. Espero que se encuentre muy bien, siempre le agradeceré el haberme enseñado una valiosa lección: es igual de importante el respeto fuera de la cancha como dentro de ella.